

Discurso pronunciado en la entrega de títulos a los egresados de la Facultad de Filosofía y Letras
de la U. C. /29/VIII/49

Hacía tiempo que nuestra Universidad Católica de Chile, no vivía la emoción de estos momentos: hacer entrega de sus títulos de grado a los primeros egresados de algunas de las facultades que a través de más sesenta años de existencia, ha ido creando y organizando, para que actúe en la sociedad un grupo de profesionales, que lleven el aporte de savia nueva, con su formación auténticamente cristiana.

Más aún, me atrevo a decir que hoy es excepcionalmente profunda la emoción, porque así lo determina la naturaleza de vuestras responsabilidades de maestros. Vuestra vocación sólo admite una comparación: el sacerdocio. Vuestro llamado a las cátedras tendréis que desempeñar participa del imperativo de Cristo: Docete omnes gentes.

Nuestra Universidad confía, que sabréis sentir la responsabilidad de ese apostolado de la educación cristiana de la juventud confiada a vuestro saber. Ya no sois una esperanza como los que ocupan vuestro sitio en la Escuela de Pedagogía, sois al provenir de la Iglesia y de la patria que más que nunca necesita de la presencia de vidas formadas en Cristo.

La traición del oriente nos entrega la angustia de una república floreciente y poderosa en otros tiempos, que se debatía en la desorientación. Reunidos en Consejo los mejores por su experiencia y sabiduría, deliberaron, cada cual expuso su opinión, sólo el más prudente callaba, urgido a hablar, exparció un puñado de pepitas sobre la mesa. Exigido a explicarse, dijo: nuestra república está en decadencia, pero hay en ella todavía quienes están incontaminados: son los niños, disponemos todavía de semillas sanas, como las que veis sobre la mesa; sembremos en el alma de los niños, buenas ideas y sentimientos religiosos y veréis como bien pronto, nuestra república se yergue poderosa y floreciente, como un árbol gigante conocido de excelentes frutos". Es lo que ha hecho la Universidad Católica de Chile al crear y organizar la Escuela de Pedagogía; a vosotros os manda a sembrar la buena semilla, que en sus aulas habéis recolectado en vuestra formación de Profesores Católicos.

Al recibir vuestro título tras meritoria labor, no habéis alcanzando la meta final, ni han concluido vuestro desvelos, porque es ley que en las actividades del saber no se llega jamás, cada etapa prepara otra nueva, detenerse es arriesgar la pérdida misma del saber. Por los incesantes adelantos de la Pedagogía Científica moderna, los conocimientos no se adquieren ya sólo en los años de formación fundamental. Durante toda su vida el Profesor debe estudiar, para mantener al día en los progresos, adquirir nuevas informaciones y aún muchas veces nuevas disciplinas que se incorporan al campo de la pedagogía.

A la diaria labor que proporciona experiencias para la eficacia de la docencia, se añade la necesidad de seguir superándose, con lecturas, cursos de perfeccionamiento, Congresos, etc. lo que torna singularmente complicada y laboriosa la vida del profesor.

La Pedagogía no es una técnica simple, puesto que su objeto es el hombre, complejo por la naturaleza y por la consecuencia de sus propias obras. El desenvolvimiento de la sociedad hace surgir constantemente nuevos problemas, de los que la pedagogía no puede desentenderse. No basta dominar la disciplina en que se es especialista, nada del cuerpo y en especial del espíritu, puede ser indiferente, no se puede ignorar o desdeñar ninguna actividad humana.

Por eso os pido que tengáis siempre encendida, la llama del sacrificio en vuestro ideal de Apostolado cristiano, viva la llama de vuestra piedad y de vuestra paciencia, que así serviréis eficazmente a la Iglesia y a la Patria. Sed como el sembrador que, mirando a lo alto con gesto pródigo, arroja sin descansos las semillas que darían las futuras cosechas.